

EL DUENDE ESPECULATIVO.

NUM. XV.

*Ploravere suis, non respondere favorem
quasitum meritis.*
Horat.

EL PUNTO DE HONOR A LA MODA.

NO hay principio que sea capaz de inducir el hombre a una accion buena, laudable, y hermosa, que no merezca aprobacion, y fomento: pero como los hombres son tan variables en su modo de pensar, no todos los principios obran en los espíritus, y una misma cosa; y aquello que unos executan por principio de conciencia, obligacion, religion, &c. lo executan otros por estímulo de *Honor*, ò para mejor decir, por incitamento de la Moda.

Apenas hay palabra, cuyo significado se conozca menos, por lo que es en sí, que la palabra *Honor*. El sentido de esta voz, es tan extraño, y tan delicado para nuestra percepcion, que los verdaderamente Nobles, ò los que fueron educados con exemplos heroycos, y rectitud de ànimos, son los unicos, que al parecer pueden pretender à comprehenderle. El *Honor* es principio, y fin de sí mismo. Si le miramos como principio de alguna accion, la diferencia que hay entre él, y la virtud, consiste en el grado, en que à esta incluye, como la generosidad incluye, como la ge-

nero-

nerosidad incluye à la justicia; y si le miramos como fin, es inseparable de la accion misma, que se executò en fuerza de este principio. Decir un hombre à otro, que es honrado, es caracterizarle en una expresion sola, con el principio de la cosa, que le califica tal, y conferirle para fin el premio que merece. La palabra *Honor*, tomada en la aceptacion comun por principio, no comprehende, ni tampoco incluye positivamente à la virtud; y entendida como fin, ò premio, dispone no pocas veces para el vicio: porque la ceguedad, y servidumbre de la razon humana, causan tales efectos, que el hombre suele ahuyentar de si à la virtud, por timidez, ò indolencia; y la esperanza de lograr sus deseos, suele muchas veces ser culpa, que se abraza con los vicios.

No hay cosa mas fatal, ni mas perniciosa para el bien de la Sociedad, que un principio de accion mal entendido. Es necesario considerar al *Honor* baxo de tres distintas representaciones, y con relacion à tres clases de personas. En primer lugar, le debemos considerar en su verdadera essencia, y respecto à los superiores, que efectivamente le conocen: en segundo, en su naturaleza, y respecto à los que le conocen erroneamente; y en tercero, en su existencia metafisica, para aquellos que le tratan de ridiculo, y de quimera.

En primer lugar, el verdadero *Honor*, aunque por principio sea distinto de la Religion, produce, sin embargo, casi los propios efectos. Las lineas de una accion, aunque tiradas por diferencia de partes, se terminan à un mismo centro. La Religion abraza à la virtud, por mandato expreso de la Ley de Dios; y el *Honor* la abraza como cosa generosa, y excelente, y por adorno exquisito de la Naturaleza. El hombre religioso, teme de cometer un delito: el hombre honrado, lo aborrece. Este contempla el vicio como cosa

denigrativa à su persona; el otro le mira como hecho que ofende à la Magestad Divina: aquel le tiene por inconveniente; èste por prohibido. *Seneca* habló natural, è ingeniosamente, quando dixo, que, aun quando no huviesse Dios, ni temor de castigo, no quisiera cometer delito alguno, considerando qual es la vileza, y la despreciable constitucion de su naturaleza.

Muchos, que solo conocen el *Honor* por nociones arriesgadas, ò erroneas, establecen por infalibles, y de rigurosa observancia, ciertas leyes, directamente opuestas à la de Dios, ò de la Patria. Hablo de aquellos, que se imaginan encontrar mas gloria en vengar, que en perdonar una injuria: de aquellos, que no hacen escrupulo de mentir, y pretenden matar à quien les acuse de mentirosos: de aquellos, que cuidan mas de conservar su reputacion por valentia, que por virtud. La verdadera fortaleza es tan propia de la Naturaleza humana, que apenas se puede dar nombre de hombre, à quien no la tenga; pero en todas partes hay personas, que abusan de una virtud, que solo conocen por la idea, que forman del *Honor*, haciendo consistir su essencia en una brutalidad sin tino. Muchos pretenden el titulo de hombres honrados, que por sus acciones debieran ser castigados severamente. No se puede negar, pues, que los medios que muchos emplean para lograr el *Honor* como premio, son en varias ocasiones plausibles; pero los muelles que hacen mover para ello, no ocultan pocas veces un terrible veneno. El que defendió à una Dama, libertandola del peligro, ò del insulto à que estaba expuesta su persona, se precia arrogantemente de Cavallero honrado; y el otro que satisfizo à un empeño, en contravencion del interes, se condecora con el proprio caracter. Pero el primero, ò el Campeon de la Dama, la te-

nia de antemano, precipitado en una comunicacion sospechosa, y si la dio favor, fuè contra aquellos, que exploraban su conducta, y querian saber la verdad del rumor que corria sobre su amistad libidinosa. El fin de este pretendido *Honor*, y con que se quiso calificar de honrado este sugeto, era sellar con una muerte alevosa un cariño, y frustrar la familia de la venganza, que meditaba hacer en su persona. Y el segundo, que se hizo martyr de su palabra, ò de su empeño, quiere ser honrado, porque pagò una deuda, que una Dama havia contrahido en el juego: donde, como lo dice *Colombina* en el *Mercader engañado*, se abren todas las bolsas, quando una Dama bonita juega, desafortunadamente.

Muchos retratos pudiera yo hacer de aquellos, que se dexan alucinar por el falso *Honor*. *Timagenes* es el hombre mas maldiciente, que se conoce en el Regimiento; y al proprio tiempo mata à otro, porque habló mal de un amigo suyo. Antepone el *Honor* de la confianza de un traydor, à la conservacion de su Patria. Matò à un Joven por haver murmurado de la conducta de una Dama, la que él mismo havia deshonorado con un proceder infame. Finalmente, *Timagenes*, despues de haver arruinado à muchos pobres Oficiales, que le prestaron dinero, y à otros tantos Mercaderes, que le fiaron sus generos, vendió su Patrimonio, con pretexto de pagar à sus Acrehedores; y pretende que le tengan por hombre de honra, solo porque satisfizo las deudas, que procedian del juego; y que à su entender son las unicas, que debe pagar un hombre honrado.

El punto de *Honor* queda marchitado en el sistema de aquellos, que lo conocen por principios erroneos, quando un agraviado, y ofendido, si es hombre de espada; esto es, Militar, Noble, ò diest

en las Armas, se dirige à superiores, amigos, ò parientes, para quearse del insulto que le han hecho, y procurar se termine à lo amigable su querrela. Y en efecto, yo tambien, como Modista, considero como cobardia, y apocamiento de ànimo en un Hidalgo, semejante recurso. No se entrevè una cierta herocidad, una grandeza de ànimo, y una especie de distincion, en haver quitado la vida à un Ciudadano, à un amigo, à un pariente, para vengarse de una palabra equivoca, ò mal entendida, ò por una, ò otra friolera, sin consecuencia? Los Antiguos *Britanicos* decian, que el mejor medio para satisfacer à quien se sintiese agraviado, era empeñandole en tomar las armas, à fin de matarle, si la fortuna le fuese adversa. Es verdad, que estos Pueblos ignoraban el heroysmo, que hay en no sufrir injuria alguna, y que no conocian el gusto de matar, à quien solamente nos haya pisado sin quererlo, à fin de poder vivir fugitivo, y proscrito de su Patria, y de poder exagerar su nobleza, y valor en el destierro. Como estos Pueblos no tenian noticia de la verdadera esencia de la honra, creian buenamente, que las armas debian juzgar las questiones de un modo glorioso.

Si en la Historia Griega, ni en la Romana, hallamos noticia de que estos Pueblos se desafiassen, para probar, que una Dama no debe despreciar el galanteo de uno, para admitir el de otro: que erro el Ministro en sus providencias: que una Cantarina, tiene la mas bella voz que jamàs tuvo persona humana: que nuestra opinion, en qualquiera cosa, es la mas cierta, y verdadera: es porque hacian alarde de ser pusilanimos en combates particulares, y que estimaban mas ser hombres de lengua, que de manos.

La defensa del *Honor*, manifesta en qualquiera lan-

lance, que al proprio tiempo, que hemos hecho tantos progressos en el valor, nos los ha hecho menos la Philosophia, y la Eloquencia de la Espada. Qué Lógico, por futil que sea, podrá esperar vencer con sus argumentos à un hombre, que le saca una espada de buen temple para redarguirle con ella? Que tome los Naypes aquel Bachiller famoso, que aturdió toda la Universidad, y pareció el azote del General; presto se verá obligado à desamparar la palestra, y à confesar, que mas sophismas se aprenden en un mes en casa de un Maestro de Armas, que en diez años en las Aulas de Salamanca. Algunos, de aquellos que se atrevieron à condenar el aprecio, que el Publico de la Moda hace del modo de valerse de este genero de filogismos, que se podrian reducir brevemente à las figuras de *Barbara*, y *Celarent*, no se atrevieron en ciertas ocasiones à sostener su dictamen, hasta que corridos de no poder argumentar como otros, se dexaron ver armados, desagraviando publicamente à los Profesores de la Noble Arte de Elgrima.

Un sugeto doctissimo en Letras, pero poco introducido en la Lògica de la Moda, se quexaba à otro, de que le havia insultado cruelissimamente. Basta, respondió el insultador: Vmd. se quexa de que yo le he ofendido: Vmd. es Hidalgo: Vmd. trae espada: pues bien; mañana à la madrugada prometo darle à Vmd. una satisfacion completa, junto al *Caño Gordo*. Apenas acabò este terrible satisfacedor su argumento, que se fuè, dexandome por compañía al desafiado: el qual buelto de la admiracion, y aturdimiento, que le causaba esta invitacion no esperada: me decia suspirando: Qué brutalidad tan adeshora! *Don Andres* confiessa, que me ofendió, y me promete, que me ha de ofender aun mas sensiblemente mañana. Dice que soy Noble; è infiere de

mi nobleza, que es honroso renegar de la razon, que me guia, y de la religion que professo, para sacrificarme mi vida à un punto de *Honor*, ridiculo en sí proprio! Añade, que cino espada, para darme à entender, que debo empuñarla, y executar un asfessinato, ò quedar victima de su ira. No seria lo mismo, que me dixesse: A Vmd. he agraviado en la honra; esto es, en la cosa que Vmd. debe estimar mas que la vida. Pero soy demasiado hombre de bien, por no querer remediar en quanto me sea posible la ofensa, que le hize: Hallese Vmd. mañana en tal parage con sus armas acostumbradas, y como sè, que soy mas diestro, que Vmd. en manejarlas; tengo por probable, que podrè darle la muerte, para lavar su ofensa. Esto ha de ser sensible à un hombre, de nacimiento, y de honra: porque siempre constará por la muerte de Vmd. y por mi huída, que Vmd. me ha pedido satisfacion del agravio; y que yo no se le he querido negar, siendo esto quanto yo puedo hacer, y quanto Vmd. puede pedir de un amigo, y criado suyo muy obediente.

ni Bordaba mi Philosopho relevadamente estas firias, y necias reflexiones, declamando contra aquella, tan noble, como hidalga costumbre, de dar razon al que se quexa de haver sido ofendido, y agraviado. Costumbre, que mi conocido trataba de impertinente, y de cruel provocacion. Pero al fin, como no quiso passar plaza de cobarde, fuè al parage del desafio: quedò herido, y aprendió, escarmentando en sí proprio, no despreciar otra vez la excelente Lògica, de los que se fian en lo de uñas arriba, y uñas abaxo, que es la Logica de las cabezas huecas de los Modistas.

Dicese comunmente, que el *Honor* ofendido en sus prerogativas, no se dexa manejar de los que marchitaban su delicada belleza, con la misma familiaridad,

ridad, que antes. El *Honor* es muy parecido à los ojos, que no sufren la menor impureza, sin alterarse. Es piedra preciosa, en que el mas leve pelillo, disminuye considerablemente el valor que tiene; en una palabra, el *Honor* es un theforo, que una vez perdido, jamàs se recobra. Lo que la salvacion es para la otra vida, es el *Honor* en esta: la primera no se puede adquirir sin mucho trabajo; y el segundo no sin mucho primor, y delicadeza. El prudente, considera el *Honor* como una prenda exquisita, que le consueta en sus adversidades, en lugar que el infenato le empeña à cada passo, por cosas de nada. Un cuerpo sin alma, es un cadaver; un hombre sin honra, es un muerto, de quien huye la gente, por el hedor que despide.

Dexemos de profeguir con estas verdaderas calidades del *Honor*, las que solo debemos suponer existentes entre aquellos pocos sujetos, que apartados del trato de las gentes, ò à lo menos defengañados, no hacen opinion en el gobierno de la Moda. Conemplemosle como fluxo, y refluxo en el mar de la vida. El buen proceder puede obscurecerse, y aun ser tenido por desaparecido, por algun incidente de pobreza, ò por tal qual accion, que mira unicamente al interes particular; pero cesandose las causas de su desaparicion, ò obscuridad, siempre, aun que nadie se rebuelva por el, que no sea embidioso, ò murmurador ocioso, se acuerda uno de su ausencia. *Chryssippo*, mal verso, si creemos las gentes, en el manejo de las dependencias, que estuvieron à su cargo. Muchos le motejaron al principio de poco honrado, pero desde que brilla en un Carro Triunfal, le han buuelto su credito. Una infinidad de personas le idolatran; y el, queriendo dar à entender, que conoce los quilates de la honra, dexa que le esperen en su antefala, aquellos mismos, que antes le daban postes.

Caus.

Cassidico sabe, que las Leyes prohiben la *Ustura*, y que no puede decirse honrado el que contraviene à sus disposiciones; pero no le faltan medios para engañar la Ley, y asegurar su honra: porque incluyendo en una misma Escritura interes, y principal, sin distincion de objeto, alucina hasta los mismos jueces, y disipa, por falta de pruebas legales, las quejas que se dan de sus extorsiones. Un hombre, publicamente deshonorado, y castigado por sus tergiversaciones, buelve despues del Indulto à exercer el mismo empleo: comete las proprias maldades, y con todo esto se quexa, de que, siendo hombre honrado, y hombre que se comporta con muchissima honra, le ajen su fama. No es esto tener nociones erradas de lo que es la honra?

Pero en lo que se manifiesta mas claramente el yerro de los que califican assi el *Honor*, es en la conducta de las mugeres, que hacen de esta virtud civil, y politica, el objeto de todas sus operaciones de amistad, y odio. Hacen consistir el *Honor* en quisquillas, ajenos de su essencia. Si la otra la visitò; si se levantò; si la hablò con precision; si la diò el tratamiento correspondiente; si el otro la diò la cera; la desocupò lugar en la Iglesia; la hizo su cumplido en una visita; la dexò ganar al juego: en una palabra, las mugeres hacen consistir el *Honor* en una infinidad de pataratas, en que, ni proxima, ni remotamente, tiene que ver la verdadera estimacion, que debemos tener por el sexo. Ninguna quiere saber, ni hacerse cargo de la verdadera causa, por la qual pierde la honra; mayormente quando esta causa no congenia con sus opiniones. Decir à una muger, que el *Honor* no està ligado à ninguna de sus etiquetas; que estas estàn sujetas à las variaciones de la Moda; dexarlo que el *Honor* es cabal, è invariable por si proprio, sin tolerar mudanza, ni

P 3

dimi-

diminucion alguna; es mostrarse ignorante en los preceptos, y reglas del Estrado. No es posible decir, que un hombre, ò una muger, sea honrado, y no honrado à un tiempo. El *Honor*, no admite ambigüidad, ni partija. El que fue tan infeliz, que el *Honor* hizo quiebra en su conducta, le viò eclipsar en todo, porque fu *Honor*, y la vida, puestas en balanza, son de un mismo peso; y la vida sin el *Honor*, no tiene valor, ni precio alguno en el trato de la Sociedad. Por esto dixo un Ingenio, que el *Honor* era como una Isla escarpada, y sin playa, à que no pueden bol-ver mas los que huviesen salido de ella.

El tercer sentimiento del *Honor*, que corresponde à la tercera classe de sugetos, es considerarle como cosa ridicula, y fundada sobre principios falsos, y quimericos. Aquellos, que no hacen pública profesion de ser honrados, son mas nocivos à la Sociedad, que aquellos que se gobiernan en el *Honor*, por nociones erroneas, y falsas. Mas esperanza hay de que se convierta un Herege, que un Atheista. Los hijos de la maldad, consideran el *Honor* como una imaginada, y fantastica invencion, que sirve unicamente para aterrar, y someter los Jovenes al capricho de sus mayores; representandoles una sombra, en lugar de una entidad sensible. De semejantes depreciadores del *Honor*, decia *Shakespear*; que las opiniones de estos sugetos eran como cabezas petrificadas, cuyas imaginaciones havian criado callos; y en quienes estaban apagadas aquellas brillantes, delicadas, y necessarias luces naturales, y proprias, que brillan en genios puros, è innocentes. Los incredulos tratan à todas las cosas, que se oponen à sus fines, è intereses, de novelas, y ridiculeces, y por visionarios, y sugetos, que combaten à favor de una nube, y de una cosa, que no trae consigo de un modo visible, su recompensa, à los que buscan la

ver-

verdad; ò la defienden con titulo de honrados. Los talentos, los intereses, y las experiencias de los que piensan libremente, y sin freno, les hacen casi siempre aborrecibles, è inutiles, para qualquier assunto. Y si logran tal vez fortuna, ò elevacion en el mundo, es menester considerarlo, como una estatua de marmol, y un borron, que en los Anales de los Países, asea à quien no llegue al templo de la fama, por el camino del *Honor*, y de la virtud.

A quantos hombres atribuimos el honroso epiteto de honrados, que no son dignos de èl; escaseandole à los que aborrecen la perfidia, el asesinato, la falsedad, el engaño, las fullerias en el juego, la usura, y la mohatraia en el Comercio?

Ocuparonme tanto estas consideraciones una tarde, que à fuerza de dexar remontar mis espíritus, quedè sin sentirlo adormecido, arrebatadas las facultades à los espacios imaginarios. Lleno de mi mismo, y dominado de no sé que genio, me pareció, que se me acercaba al pie de un repecho, en donde me hallaba, un Anciano, que haciendome señal de seguirle, comenzò à trepar el monte, con diligencia, y ligereza. No me acuerdo, en què conosci que este viejo era la *Instruccion*, solo si hago memoria de que no dilare un momento en obedecer la intimacion de su sigiloso precepto. Como no me era posible igualar con mis pocas fuerzas su mucha ligereza; èl, viendo que no podia seguirle, me agarrò de la mano. Eà, decia, no desmayarse, hasta que llegues al punto de tu alumbramiento. Subimos con animo resuelto hasta à alcanzar la cima; en donde, deteniendome, me mostrò todo el Horizonte, diciendo, que fuesse registrando la circunferencia para darle quenta de lo que advirtiese. Mirè, y vi à la derecha un valle espacioso, y à la izquierda un campo, à que no hallè limi-

tes.

tes. Parecióme, que el valle se terminaba à un monte tan alto, que se perdía en las nubes; y que su copa estaba tan resplandeciente, que apenas pude fixar sobre ella la vista. Dixelo à mi venerable Conductor, el qual me respondió, que el valle era la palestra de los discipulos de la virtud, y la llanura el camino en que erraban vagantes, los sequaces del vicio. Notè, que la carrera de la virtud, era quebarada, mal cuidada, y tan escabrosa, que los transeuntes por ella, se lastimaban en las espinas, y abrojos de que estaba llena; y que la sola cosa, que hacia agraciable, y deleytoso su espacio, consistía en el Cielo, que siempre estaba sereno: refrescando, y alentando los zephiros fabledables, con suaves soplos, à los que caminan por ella, y confortandoles con apacibles, y bellos alientos, su natural, y segura conciencia.

El camino de la llanura, que es el del vicio, estaba cuidadosamente entretenido, y lleno de flores; cuya vistofidad, y fragancia recreaban à los sentidos humanos, sin dexar libertad al espíritu, para considerar, que toda esta belleza, y delicioso aspecto, era momentaneo, y de peligrosa frecuencia. Este campo era llano, y bello, pero tan cortado de sendas trasversales, que todo su vasto recinto parecia un intrincado, y ameno laberinto, que ocultaba entre verdores las veredas. No obstante, à esta hermosura, y amenidad de suelo, aseaba mucho el Cielo, que siempre estaba triste, y cubierto de nubes. Jamàs favorecia à esta senda el Sol con rayos benignos, ni el ayre con soplos de benevolencia. Una atmosfera opaca, y tenebrosa, continuamente ofuscada de vapores contagiosos, produce en los que transitan por esta via, adormecimiento, pesadèz, cansancio, tristezas, y sobrefaltos. El monte, me decia mi Conductor,

que registras desde lexos, es termino à que dirigen sus passos, todos quantos corren por ambos caminos. No menos aspiran à llegar à su empinada cumbre aquellos, que corren por el llano de los vicios, que los que à passo medurado transitan por el Valle, al termino de la inmortalidad, y à la gloria de la virtud. Al pie del Monte se dexaba ver el ameno Vergel de la Paz, y en su cima el magnífico Templo del Honor.

No te imagines, me decia el Anciano, que todos los Caminantes, aunque se fatiguen en el camino de la virtud, y aunque pasen de la estancia de la paz, logren subir à lo alto del monte. Un precipicio espantoso, y honrendo, que es menester franquear en el ultimo passo antes de llegar al Templo, aterraò de tal modo à muchos, que vencidos de su pusilanimidad, y miedo, buelven las espaldas al riesgo, y detestando en si las incertancias, y tibiezas de los que toman el rumbo de la virtud, y suben con voluntad propria, y animosos, la falda, quedan por una indolencia criminalosa, y momentanea descaminados à la vista de la dificultad postrera. Has de saber, continuaba; que las puertas del Templo del Honor no se abrieron siempre para todos aquellos que vencieron los rigores del camino, ni que se cerraron del todo, à los que no corrieron por su senda.

La subida del monte, es en una parte facil, suave, commoda, y la estraña fortuna de las cosas, à que preside el Destino, ha facilitado à muchos la entrada en el Templo, por mediò del patrocinio, y buenos officios de la Opinion, que es muy celebrada, y bien admitida en este parage. La Opinion tenia al principio à la Verdad por conductora; pero como el Interès, y la Costumbre se la atrevieron; muchos lograron ser admitidos en el

25 Templo del *Honor*, sin haver subido el monte con
 26 el afan acostumbrado, y à otros se les negò esta
 27 gracia, aunque fatigados passaron el riesgo del pre-
 28 cipicio, y consiguieron acabar su viage por el ca-
 29 mino de la virtud. Lo que yo mas estrañaba, era
 30 ver, que mi venerable Mentor me prevenia, que
 31 no obstante la injusticia, que se havia hecho à
 32 los ultimos, ninguno se lastimaba, ni condolia de
 33 su desventura, y menos rogaban ser admitidos, de-
 34 borando cada qual sus penas, y bolviendo las es-
 35 paldas à la *Opinion*, con despecho, y menosprecio.
 36 Muchos havia, que se reian de gozo de conocer
 37 su dignidad, y porque el mundo, por ignoran-
 38 cia, desestimaba el testimonio de los trabajos, que
 39 havian padecido; solo, por no confessar su me-
 40 rito, y por no darles el premio, que les correspon-
 41 dia.

32 Lleguemos por fin al Templo, que hallamos
 33 lleno de gentes, de que la mayor parte estaba al
 34 parecer alborotada, y mal contenta. Los sequaces
 35 de la virtud, que havian superado las dificultades
 36 del transito, discurrian medios para expeler de
 37 el à los que havian entrado furtivamente, sin me-
 38 rito, y con una simple recomendacion de la *Opi-
 39 nion*; no queriendo ellos, que estos profanassen el
 40 sagrado. Y los sequaces del vicio, no pudiendo
 41 resistir à la *Razon*, y à la *Justicia*, que les eran
 42 contrarias, echaban mano à las armas para de-
 43 terminar con efusion de sangre la controversia,
 44 tratando à sus contenedores de pusilánimes, que
 45 rehusaban de medir con ellos las fuerças, y res-
 46 ponder à su pretension insolente.

33 La Diosa, que presidia en el Templo, miraba
 34 con indignacion, y ceño el desacato, y los albo-
 35 rotos con que se manchaba su morada; y huyen-
 36 dose por enmedio de todos, subió al Cielo, donde

33 arrodillandose à los pies de *Jupiter*, pedia, que no
 34 permitiese, que un Templo destinado à servir de
 35 habitacion à los mortales, que, à costa de su su-
 36 dor, y trabajo, havian seguido la senda de la
 37 virtud, fuesse retiro, y recogimiento de otros, que
 38 quebrantando sin verguenza las Leyes de la Sabi-
 39 duria eterna, se havian precipitado en el abyfno
 40 de los vicios, y tratado insolentemente à los Dis-
 41 cipulos leales de la Divinidad Suprema. Oyò *Jupi-
 42 ter* la súplica de la Diosa. Alargòla su cetro, en
 43 señal de que la seria propicio; pero como no pue-
 44 da contravenir à las disposiciones del Destino, y que
 45 la recepcion de los malos, havia de correr siem-
 46 pre de cuenta de la *Opinion*, que los ampara, pro-
 47 curò consolar à la Diosa, dandola palabra, que
 48 cometeria à la *Razon* el examen de la conducta de
 49 los que en adelante se presentassen à las puertas
 50 del Templo del *Honor*: procurando, si fuesse pos-
 51 sible, que la *Verdad* asistiese con sus influxos à
 52 la Inquisicion de los meritos de cada uno.

33 Bolvió la Diosa con esto à la mansion de su
 34 gloria, y la *Razon*, para obedecer al supremo *Jo-
 35 ve*, baxò al Templo. Pero no havia pisado sus
 36 umbrales, quando la *Discordia*, y el *Engaño*, se-
 37 guidos de una numerosa comitiva, quedaron sus-
 38 pensos, y atonitos, aguardando con respectuoso
 39 silencio, el paradero de una aparicion tan opuesta
 40 à su gusto. Aun no tenia acabado la *Razon* de
 41 exhibir sus credenciales, quando renovandose el
 42 primer alboroto, empezaron los protexidos de la
 43 *Opinion* à lifongearle, que la *Razon* favoreceria su
 44 causa; creyendo los que hacian mas ruido, que
 45 ellos eran los mas seguros de ganar el campo. La
 46 *Razon*, que conoció, que los acrehedores à la en-
 47 trada del Templo, eran solo aquellos, que havian
 48 subido al monte por la senda de la virtud, juzgó

22 necesario antes de resolver la expulsión, ó admisión de nadie examinar las veredas, por donde
 23 cada qual havia venido. Pero este medio, despues
 24 de algunas reflexiones, pareció menos exequible
 25 en la práctica, que antes havia parecido facil en
 26 la theorica.

27 Los sequaces del vicio, decian, que ellos, aun-
 28 que no havian comenzado su viage, por la senda
 29 de la virtud, havian entrado en ella al pie de la
 30 montaña. Que esta senda, en su sentir, era la uni-
 31 ca, que havian conocido; porque no havian re-
 32 parado en otra que conduxesse al pórtico. Pero
 33 los partidarios de la virtud, contextaban este ale-
 34 gato; y la *Razon*, queriendo desentrañar la ver-
 35 dad de los hechos, se vió precisada, en medio de
 36 tantas enmarañadas circunstancias, à llamar à
 37 la *Opinion*, para que se declarasse sobre esta ma-
 38 teria.

39 Nada se adelantò con esto. La *Opinion*, sabien-
 40 do apenas diferenciar entre los dos caminos, se
 41 escusò con decir, que ella concedia, ò negaba la
 42 entrada del Templo, en virtud de ciertos princi-
 43 pios, ò nociones particulares, que tenia. La *Ra-*
 44 *zon*, que joia, que la *Opinion* declaraba sin rebozo,
 45 quien era, se afustò terriblemente; pero disimu-
 46 lando, y queriendo calificar el valor de su juicio
 47 por su proprio natural caracter, la preguntò, por
 48 què senda havia subido al Templo del *Honor*,
 49 aquel famoso Romano, que anegó el Mundo en
 50 raudales de sangre. La *Opinion* respondió sin cor-
 51 tarle, que por la senda de la virtud; y que ella
 52 misma bien lo sabia, porque creia haverla visto
 53 desde lexos, en el proprio camino, mirando su
 54 subida; y que por mas señas, hacia memoria, que
 55 el Heròe subió tan aprisa, que nadie pudo seguir-
 56 le. Luego que la *Razon* oyò este embuste, despi-

27 diò la *Opinion* engañosa, à fin de proceder sola al
 28 examen del hecho.

29 Empezò à leer las representaciones, y memo-
 30 riales de los que pretendian entrar en el Templo,
 31 y hallò, que los mas estaban llenos de extrava-
 32 gancias, y absurdos. Unos querian probar por el
 33 Mapa, que subieron al Monte por el camino de
 34 la virtud; pero ignorando la *Geographia*, demonf-
 35 traban lo contrario de lo que pretendian. Otros de-
 36 cian, que havian corrido con tanta prisa, que no
 37 havian reparado en la senda por donde havian ca-
 38 minado; que solo sabian, que el camino era lla-
 39 no, y bien trillado; y que la mayor parte que
 40 transitaban por él, le passaban sin tropiezo. Algu-
 41 nos decian, que no podian dar razon alguna del
 42 terreno, pues havian hecho su viage durmiendo;
 43 y no faltò quienes dixessen, que havian caminado
 44 ciegos, ò llenos de vino.

45 A todos estos Pretendientes sellò la *Razon* con
 46 la marca de la reprobacion: pero no pudiendo arro-
 47 jarlos del Templo, los entregò al brazo Seglar del
 48 *Tiempo*; à quien la *Opinion* ha reconocido siempre
 49 humilde vassallage, en lugar, que con la *Verdad*
 50 professa amistad verdadera. El orden que se diò à
 51 el *Tiempo*, quando le entregaron los relaxados,
 52 era, que se valiesse de su autoridad, para echar-
 53 del Templo del *Honor* à los indignos de su estan-
 54 cia; y que persuadiesse à la *Opinion* se valiesse de
 55 la *Verdad* en sus determinaciones. La *Justicia*,
 56 que para obedecer à estas ordenes asistió al *Tiempo*,
 57 decretò que la *Opinion*, si continuasse à ser tan
 58 omisa, ò se mantuviesse por mas espacio en su des-
 59 camino, quedaria abandonada, y entregada à la
 60 discrecion de la ridiculez: ente insensible; y el
 61 mas proprio para castigar sin piedad; y el uni-
 62 co, que sea capaz de sujetar à una *Opinion* desca-
 63 minada.

Ya se havia sabido en las oficinas de la *Razon*,
 que la *Opinion*, al solo chafquido del latigo de la
Ridiculez, se havia estremecido de miedo, y que
 havia prometido no faltar al reconocimiento del
 vassallage à la *Verdad*, siempre que se lo mandase
 se la *Justicia*. El *Tiempo*, me decia mi Venerable
 Anciano, executa las ordenes de la *Razon*; y aun
 que trabaja en echar del Templo à los que estu-
 vieron admitidos, y en possession de su estancia
 muchos años: tambien procura obtener gracia para
 muchos, que quedaron excluidos; en lugar que
 la *Opinion*, sin embargo, de que tantas veces la
 castigò la *Ridiculez* su verdugo, no dexa de con-
 tinuar siempre en gobernarse, por terquedad, y
 capricho. El mejor medio que se ha encontrado,
 para refrenar en algo sus estravios, es hacerla ver
 el motivo que dà, para que muchos resistan inde-
 bidamente, y quizá sin quererlo, à los argumen-
 tos, y reglas invencibles de la *Razon*.

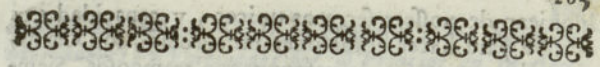
Aquí interrumpì el discurso de mi Conductor,
 con una exclamacion conque expliquè mis ansias.
 Como es posible, decia yo, dàr honra à quien la
 desea, si la *Opinion* con su torpeza no sabe distin-
 guir la virtud del vicio! y si la *Razon* misma no
 tiene bastante poder para señalar este premio à
 quien le merezca! Respondiòme el Venerable An-
 ciano: Que los benemeritos del *Honor*, eran dis-
 tinguidos en las regiones de la inmortalidad, à que
 les conduce el *Tiempo*; y que este jamàs permite
 que queden sepultados en el olvido. Entonces, y
 mientras yo preparaba otra pregunta, se me des-
 apareció el Templo. El monte, en cuya cima me
 hallaba con la *Instruccion* mi Maestro, se baxò
 insensiblemente: las nubes opacas, que havian en-
 toldado la llanura del vicio, se dissiparon con re-
 lampagos, y truenos: el miedo que me cercò por

todas partes, me despertò, estremecido del sueño;
 y la triste memoria de este suceso, me obligò à
 tomar la capa, y el sombrero, para ir à desenojar
 el animo en el passeio.

FIN.

CON LICENCIA.

Barcelona: En la Imprenta de Pablo Campins, calle
 de Amargòs; se hallarà este, y todos los siguien-
 tes en su Casa, y en las Librerias de Jacinto Subi-
 rana, debaxo la Carcel; y en la de Juan Santané,
 calle de Tapineria.



EL DUENDE ESPECULATIVO. NUM. XVI.

..... *Quid non mortalia pectora cogis
Auri sacra fames!*
Virg. Æneid. lib. 3. vers. 56.

*CHARLATANES, SALTIMBANCOS,
y Hombres de secreto à la Moda.*

NO comprendo por què se quiere alabar tanto mi capacidad, y talentos, que todos fingen, que creen, que en mi reside autoridad, y dominio, para reformar, en calidad de *Trafgo*, los abusos, que cometen los hombres, y las mugeres, impelidos por el espiritu novelero, que los obsede. Nadie debe, temer, que yo saque variedad, de la necia opinion de las gentes: me conozco, y no menos conozco aquellos, que afectan quererme honrar con sus epitetos. Como es dable, que mis *Discursos* hagan impresion sobre el espiritu de los hombres, quando veo todos los dias, y de generacion en generacion, que no tiene menos dificultad en acreditarse un embustero, y en dexarse engañar un tonto, que los temporales en hacer que la tierra continuamente produce aves de rapina, y pobres inocentes pajarillos, que los sirven de alimento. No hay, al parecer, hombre alguno, que no crea, que todos aquellos que se precian, y se